

todo su valor. Pero, si habiéndolo conocido, un hombre se ha privado de él para llevar á cabo un matrimonio prosaico y frío; si la mujer con quien ha esperado encontrar las mismas felicidades, le prueba que éstas no volverán á lucir ya para él; si siente aún en los labios el gusto de un amor celestial, y ha herido mortalmente á su esposa en provecho de una quimera social, entonces es preciso morir ó tener esa filosofía material, egoísta y fría que causa horror á las almas apasionadas.

Respecto á la señora de Beausseant, no creyó sin duda que la desesperación de su amigo llegase hasta el suicidio, después de haber alimentado su amor por espacio de nueve años. Sin duda creyó que sería sola en sufrir.

Por otra parte, estaba en su perfecto derecho al negarse al más vil reparto que existe, reparto que una esposa puede sufrir por elevadas razones sociales, pero por el que una querida debe sentir horror, ya que la única justificación que le queda de su amor estriba precisamente en su pureza.

Angulema, septiembre 1832.

## LA GRANADERA

Á CAROLINA

Á LA POESÍA DEL VIAJE, EL VIAJERO AGRADECIDO

La Granadera es una pequeña residencia situada en la orilla derecha del Loire, á una milla próximamente más abajo del puente de Tours. En este lugar, el río, ancho como un lago, está salpicado de islas verdes y rodeado de rocas que sirven de cimientos á varias casas de campo construidas todas con piedra blanca y rodeadas de viñas y de huertos, donde maduran los frutos más hermosos del mundo. Pacientemente terraplenados por varias generaciones, los huecos de las rocas reflejan los rayos solares y permiten cultivar, á favor de una temperatura ficticia, las producciones de los climas más cálidos. En una de las anfractuosidades menos profundas que surcan esta colina, se levanta el puntiagudo campanario de Saint-Cyr, pequeña aldea de la que dependen todas aquellas casas desparramadas. Un poco más lejos, la Choisille penetra en el Loire formando un amplio valle. La Granadera, situada en la falda de la roca, á un centenar de pasos de la iglesia, es uno de esos antiguos edificios que cuentan dos ó trescientos años de antigüedad, y que se encuentran en Turena en todos los buenos puntos de vista. Un corte natural de la roca favoreció la construcción de una pequeña cuesta que llega hasta la

*calzada*, nombre que se da en el país al dique que se formó en la orilla para mantener el Loire en su cauce, y por el cual pasa la carretera de París á Nantes. En lo más elevado de la cuesta existe una puerta, donde comienza un caminito pedregoso situado entre dos terrazas, especie de fortificaciones guarnecidas de parras y de espaldares destinados á impedir el derrumbamiento de las tierras. Este sendero, practicado al pie de la terraza superior y escondido casi por los árboles, conduce á la casa, permitiendo ver el río, cuya extensión crece á cada paso. Este camino está terminado por una segunda puerta de estilo gótico, abovedada, provista de algunos adornos sencillos, pero en ruinas ya y cubierta de madreselvas salvajes, de hiedra, de musgo y de parietarias. Estas plantas indestructibles decoran los muros de todas las terrazas, formando en cada estación nuevas guirnaldas de flores.

Una vez franqueada esta puerta, un jardinito formado sobre la roca por una última terraza vieja, cuya balaustrada negra domina á todas las demás, ofrece á la mirada su césped interrumpido por algunos árboles verdes y por una multitud de rosales y de flores. Enfrente de la fachada, al otro extremo de la terraza, existe un pabellón de madera apoyado en el muro vecino y cuyos postes están escondidos por jazmines, madreselvas, clemátides y parras. En medio de este jardín se levanta la casa sobre una escalinata abovedada, cubierta de pámpanos y en la cual se encuentra la puerta de una vasta bodega cavada en la roca. El edificio está rodeado de parras y de granados, y de eso proviene su nombre. La fachada está compuesta de dos grandes ventanas, separadas por un postigo muy rústico, y de tres pisos altos, cubiertos por un tejado de una elevación prodigiosa, si se le compara con la poca altura del piso bajo. Este tejado, en forma de ángulo diedro, está cubierto de pizarras. Las paredes de la fachada principal están pintadas de amarillo, y la puerta, las contraventanas de abajo y las persianas de los pisos, de verde.

Al entrar, encontraréis un descanso en donde empieza una escalera tortuosa cuyo sistema cambia á cada vuelta; es de madera casi podrida, y su pasamano ha sido ennegrecido por un largo uso. A la derecha existe un vasto comedor entarimado á la antigua, y á la izquierda un salón de análogas dimensiones cuyas paredes están cubiertas con un papel de color

encarnado con franja verde. Ninguna de las dos piezas tiene cielo raso; las vigas son de madera de nogal, y el espacio comprendido entre cada viga está relleno de una argamasa blanca hecha con barro y paja. En el primer piso hay dos grandes habitaciones, cuyas paredes están blanqueadas con cal y cuyas chimeneas de piedra son menos ricas que las del piso bajo. Todas las puertas y ventanas de la casa están expuestas al mediodía. Al norte no hay más que una sola puerta que da á las viñas y que está practicada detrás de la escalera. A la izquierda de la casa hay adosado un cubierto cuyas maderas se libran exteriormente de la lluvia y del sol por medio de unas pizarras, que dibujan en las paredes largas líneas azuladas, derechas ó transversales. La cocina, colocada en esta especie de cabaña, comunica interiormente con la casa, aunque tiene también una entrada particular para llegar á la cual hay que subir algunos escalones, en cuyo pie se encuentra un profundo pozo provisto de una bomba campestre cubierta de sabinas, de plantas acuáticas y de elevadas hierbas. Esta reciente construcción prueba que la Granadera era en otro tiempo una sencilla casa para los vendimiadores. Los propietarios iban allí, del pueblo, para hacer únicamente la recolección ó alguna jira campestre. Enviaban por la mañana sus provisiones y sólo dormían allí durante el tiempo de la vendimia. Pero los ingleses han caído como una nube de langostas sobre la Turena, y ha sido preciso completar la Granadera para alquilársela. Por fortuna, aquel moderno apéndice está oculto por los primeros tilos de una calle de árboles hecha en la parte baja de las viñas. El viñedo, que puede tener unas dos fanegas, se eleva por encima de la casa y la domina por completo, formando una rápida pendiente que es difícil subir. Entre la casa y aquella colina cubierta por los pámpanos, apenas hay un espacio de cinco pies, que está siempre frío y húmedo, y es una especie de pozo lleno de vegetaciones vigorosas adonde van á parar en tiempo de lluvia los abonos de la viña que sirven para enriquecer la tierra de los huertos sostenidos por la terraza con balaustrada. La casa del colono encargado de cultivar la viña está adosada al ala izquierda de la casa, y forma pareja en cierto modo con la cocina. La propiedad está rodeada de muros y de espaldares; en la viña hay árboles frutales de todas las especies, y puede decirse que no existe una pulgada de aquel terreno precioso, que no esté cultivado. Si el hombre aban-

dona algún árido pedazo de roca, la naturaleza hace brotar allí, ora una higuera, ora flores campestres ó bien algunos fresales.

En ninguna parte del mundo encontraréis una morada tan modesta y tan grande á la vez, y tan rica en fructificaciones, en perfumes y en panoramas. Situada en el corazón de Turena, es una pequeña Turena, donde todas las flores, todos los frutos y todas las bellezas de este país están completamente representados: las distintas especies de uva de cada comarca, los albaricoques, las peras de todas clases, melones, retamas, laureles rosas de Italia y jazmines de las Azores. El Loire está á vuestros pies y lo domináis desde una terraza situada á treinta toesas sobre el nivel de las aguas. Por la tarde respiráis unas brisas que llegan frescas de la mar y perfumadas por las flores que encuentran en su camino. Una nube errante que á cada instante cambia de color y de forma, bajo un cielo completamente azul, da mil variantes nuevas á cada uno de los paisajes que se ofrecen á las miradas, sea cualquiera el lado que miréis. Desde allí, los ojos abrazan primero la orilla del Loire desde Amboisse y la fértil llanura donde se levantan Tours, sus arrabales, sus fábricas y el Plesis; y después, una parte de la orilla izquierda que, desde Vouvray hasta San Sinforiano, describe un semicírculo de rocas lleno de alegres viñedos. La vista no está limitada más que por las ricas colinas del Cher, horizonte azulado lleno de parques y de palacios. Por último, al oeste, el alma se pierde en el inmenso río en que navegan á todas horas las barcas de velas blancas infladas por los vientos que reinan casi siempre en aquella vasta región. Un príncipe tomaría seguramente la Granadera como casa de campo, pero un poeta haría de ella su morada perpetua, y dos amantes la considerarían como el más grato refugio. Es la vivienda de un buen burgués de Tours; tiene poesías para todas las imaginaciones, lo mismo para las humildes que para las plás, lo mismo para las más elevadas que para las más apasionadas, y nadie permanece en ella sin sentir la atmósfera de la dicha y sin dejar de comprender allí toda una vida tranquila desprovista de ambición y de cuidados. La ilusión estriba en el aire y en el murmullo de las aguas: las arenas hablan y están tristes ó alegres, doradas ó húmedas; todo es movimiento en torno del dueño de aquella viña, inmóvil en medio de sus flores y de sus apetitosos frutos. Un inglés da

mil francos por habitar seis meses en esta humilde casa, pero se compromete á respetar sus productos; si quiere los frutos, tiene que pagar el doble, y si se le apetecen los vinos debe doblar aun la suma. ¿Qué vale, pues, la Granadera con su cuesta, su caminito pedregoso, su triple terraza, sus dos fanegas de viña, sus balastradas de floridos rosales, su vieja escalinata, su bomba, sus clemátides y sus árboles cosmopolitas? ¡No ofrezcáis precio! La Granadera no se venderá nunca. Vendida una vez, en 1690, como caballo favorito abandonado por el árabe del desierto, en la suma de cuarenta mil francos, ha permanecido en la misma familia, y es su orgullo y su joya patrimonial. Ver ¿no es tener? dijo un poeta. Desde allí veis tres valles de la Turena y su catedral suspendida en el aire como una obra de filigrana. ¿Se pueden pagar tales tesoros? ¿Podréis nunca pagar la salud que reco-bráis allí bajo los tilos?

En la primavera de uno de los años más hermosos de la Restauración, una dama, acompañada de una criada y de dos niños que parecían tener el uno ocho años y el otro unos trece, se fué á Tours á buscar allí habitación. Vió la Granadera y la alquiló, decidiéndola, sin duda, á esto la distancia que la separaba del pueblo. El salón les sirvió de dormitorio; puso á cada uno de los niños en una de las piezas del primer piso y á la criada en un gabinetito situado encima de la cocina. El comedor pasó á ser la habitación común de aquella familia y el punto de recepción. La casa fué amueblada muy sencillamente, pero con gusto, y no hubo en ella nada inútil ni nada que oliese á lujo. Los muebles escogidos por la desconocida eran de nogal sin ningún adorno. La limpieza y la armonía que reinaba entre el interior y el exterior del edificio constituyeron su mayor encanto.

Fué, pues, muy difícil saber si la señora Willemsens (nombre que tomó la extranjera) pertenecía á la rica burguesía, á la elevada nobleza, ó á ciertas clases equívocas de la especie femenina. Su sencillez daba pie para las hipótesis más contradictorias, pero sus modales confirmaban, por otra parte, las que le eran más favorables. Poco tiempo después de su llegada á Saint-Cyr, su conducta reservada excitó el interés de las personas ociosas, acostumbradas á observar en provincias todo aquello que creen que ha de animar la estrecha esfera en que viven. La señora Willemsens era una mujer de estatura bastante elevada, esbelta y delgada,

pero admirablemente formada. Tenía bonitos pies y unas manos que parecían bonitas bajo los guantes. Algunos granos afeaban su tez, blanca ahora, y en otro tiempo fresca y colorada. Arrugas precoces marchitaban su frente de forma elegante, coronada por hermosos cabellos castaños, peinados con raya al medio formando dos bandas circulares, peinado de virgen, que sentaba perfectamente á su melancólica fisonomía. Sus ojos negros, ojerosos, hundidos y llenos de ardor febril, afectaban una falsa tranquilidad, y en ocasiones, si se olvidaba de la expresión que se había impuesto, su cara denotaba secretas angustias. Su rostro oval era un poco largo; pero acaso en otro tiempo la dicha y la salud le hacían adquirir sus justas proporciones. Una falsa sonrisa, un tanto triste, rizaba habitualmente sus pálidos labios; empero, su boca se animaba y su sonrisa expresaba las delicias del sentimiento maternal, cuando los dos niños, que la acompañaban siempre, la miraban ó le hacían una de esas preguntas, inagotables y ociosas, que siempre tienen sentido para las madres. Su paso era pausado y noble. Conservó el mismo traje, con una constancia que anunciaba su intención formal de no ocuparse ya de su tocado y de olvidar el mundo, por quien, sin duda, quería ser olvidada. Llevaba una bata negra muy larga, ajustada al talle por una cinta de muaré, y sobre los hombros, á guisa de chal, una pañoleta de batista, cuyas puntas acostumbraba á pasarse negligentemente por la cintura. Calzada con un cuidado que denotaba sus hábitos de elegancia, llevaba medias negras de seda que completaban la apariencia de luto que había procurado dar á su traje. Finalmente, su sombrero, de forma inglesa é invariable, era de tela gris y estaba adornado con un velo negro. Aquella mujer parecía estar muy débil y delicada. Su único paseo consistía en ir desde la Granadera al puente de Tours, adonde iba con sus dos hijos, cuando la tarde estaba buena, á respirar los aires frescos del Loire y á admirar los efectos producidos por la puesta del sol, en aquel paisaje tan vasto como el de la bahía de Nápoles ó el del lago de Génova. Durante todo el tiempo que permaneció en la Granadera, no fué más que dos veces á Tours, y lo hizo en primer lugar para rogar al director del colegio que le indicase los mejores profesores de latín, de matemáticas y de dibujo, y después para ponerse de acuerdo con las personas que le fueron designadas, acerca del precio de las lecciones y de las

horas en que podrían ser dadas á los niños. Pero bastaba que se mostrase una ó dos veces á la semana, por la tarde, en el puente, para excitar el interés de casi todos los habitantes del pueblo que acostumbraban á pasearse por allí. Sin embargo, á pesar de la especie de inocente espionaje que originan en provincias la ociosidad y la inquieta curiosidad de los habitantes, nadie pudo obtener informes ciertos acerca del rango que ocupaba en el mundo la desconocida, ni acerca de su fortuna, ni siquiera de su estado verdadero. Unicamente el propietario de la Granadera dijo á algunos de sus amigos el nombre, sin duda verdadero, bajo el cual había contratado el arriendo la desconocida. Se llamaba Augusta Willemsens, condesa de Brandon. Este nombre debía ser el de su marido. Más tarde, los últimos acontecimientos de esta historia confirmaron la veracidad de esta revelación, que no fué pública más que entre el mundo de comerciantes frecuentados por la propietaria. De modo que la señora Willemsens fué constantemente un misterio para la gente, y todo lo que les permitió adivinar fué su naturaleza distinguida, sus modales sencillos y naturales y su sonido de voz de angelical dulzura. Su profunda soledad, su melancolía y su belleza marchita tenían tantos encantos, que varios jóvenes se enamoraron de ella; pero cuanto más sincero fué su amor, mostráronse ellos menos audaces, y, por otra parte, Augusta era imponente y se hacía difícil que nadie se atreviese á hablarle. Finalmente, si algunos hombres atrevidos le escribieron, sus cartas debieron ser quemadas sin que hubiesen sido abiertas. La señora Willemsens arrojaba al fuego todas las que recibía, como si quisiese pasar sin el más ligero cuidado el tiempo que durase su permanencia en Turena. Parecía que había ido á su encantador retiro para entregarse por completo á la dicha de vivir. Los tres maestros que tuvieron entrada en la Granadera hablaron, con una especie de admiración respetuosa, del conmovedor cuadro que ofrecía la unión íntima y sin nubes de aquellos niños y de aquella mujer.

Los dos niños excitaron también mucho interés, y las madres no podían mirarlos sin envidia. Ambos se parecían á la señora Willemsens, que era efectivamente su madre. Uno y otro tenían esa tez transparente, esos vivos colores, esos ojos puros, esas largas pestañas y esa frescura de formas que tanto brillo imprimen á la belleza de los niños. El ma-

yor, llamado Luis-Gastón, tenía los cabellos negros y una mirada atrevida. Todo en él denotaba una salud robusta, del mismo modo que su frente, ancha y espaciosa, parecía presagiar un carácter enérgico. Era diestro y ágil en sus movimientos, bien plantado, no se asombraba de nada y parecía reflexionar sobre todo lo que veía. El otro, que se llamaba María-Gastón, era casi rubio, si bien entre sus cabellos se veían algunos mechones del mismo color del pelo de su madre. María-Gastón tenía las formas sutiles, la delicadeza de facciones y la graciosa finura que tanto encanto daban á la señora Willemsens. Parecía enfermizo; sus ojos grises miraban con melancolía y sus colores eran pálidos. Había en él un no sé qué de mujer. Su madre le hacía conservar aún la gorguera bordada, los largos bucles rizados y la pequeña batita que reviste á un niño de una gracia indecible. Este bonito traje contrastaba con la sencilla blusa del mayor, sobre cuyo cuello caía sencillamente el cuello de la camisa. Los pantalones, los zapatos y los trajes eran del mismo color y denotaban que eran hermanos, como lo denotaba su semejanza. Era imposible dejar de conmoverse al ver los cuidados que Luis prodigaba á María. El mayor tenía para el segundo algo de paternal en la mirada, y María, á pesar de la despreocupación de su edad, parecía estar muy agradecido á Luis: ambos eran dos florecitas separadas apenas de su tallo, agitadas por la misma brisa, iluminadas por el mismo rayo de sol, la una colorada y la otra medio pálida. Una palabra, una mirada, una inflexión de voz de su madre bastaba para ponerlos atentos, volver la cabeza, escuchar, oír una orden, un ruego ó una recomendación, y obedecer. La señora Willemsens les hacía comprender siempre sus deseos y su voluntad, como si tuviese con ellos un pensamiento común. Durante el paseo, cuando se ocupaban en jugar delante de su madre cogiendo una flor ó examinando un insecto, aquélla los contemplaba con una ternura tan profunda, que el transeunte más indiferente se sentía conmovido, se detenía para ver á los niños, para sonreírles y para saludar á su madre con una mirada de amigo. ¡Quién no hubiese admirado la exquisita limpieza de sus trajes, su lindo sonido de voz, la gracia de sus movimientos, su fisonomía feliz y la instintiva nobleza, que revelaba en ellos una educación recibida desde la cuna! Aquellos niños parecía que no habían llorado ni gritado nunca. Su madre parecía sentir

una previsión instantánea de sus deseos y de sus dolores, y los prevenía y calmaba sin cesar y parecía temer más una queja de ellos que su condena eterna. Todo en aquellos niños era un elogio para su madre; y el cuadro de su triple vida, que parecía ser una sola, hacía nacer pensamientos vagos y acariciadores, imagen de esa dicha que soñamos disfrutar en otro mundo mejor. La vida interior de aquellas tres criaturas tan armoniosas estaba perfectamente de acuerdo con las ideas que se concebían al verlos, pues hacían la vida ordenada, regular y sencilla que conviene á los niños. Ambos se levantaban una hora después de amanecer y recitaban primero una corta plegaria, costumbre de su infancia, palabras verdaderas dichas durante siete años en el lecho de su madre y comenzadas y acabadas con dos besos. Después, los dos hermanos, acostumbrados, sin duda, á esos minuciosos cuidados de la persona, tan necesarios para la salud del cuerpo y para la pureza del alma y que nos dan en cierto modo la idea del bienestar, se hacían un tocado tan escrupuloso como pudiera hacerlo una mujer bonita. No se olvidaban de nada, pues ambos temían los reproches, por cariñosos que fuesen, de su madre, cuando, al besarlos, les decía á la hora de almorzar, según las circunstancias: «Ángeles míos, ¿cómo habéis podido ponerlos ya las uñas tan negras?» Después bajaban ambos al jardín, contemplando en él el rocío y la frescura que había dejado la noche, y esperaban á que la camarera hubiese preparado el salón común, adonde iban á estudiar sus lecciones hasta que se levantaba su madre. Pero, de vez en cuando, y aunque no pudiesen entrar en el cuarto de su madre hasta una hora convenida, miraban si había despertado ya. Esta irrupción matinal, contraria siempre al pacto primitivo, resultaba siempre deliciosa para ellos y para la señora Willemsens. María-Gastón saltaba al lecho para pasar sus brazos alrededor del cuello de su ídolo, mientras que Luis, arrodillado á la cabecera, tomaba la mano de su madre. Entonces empezaban las interrogaciones inquietas, como las que un amante dirige á su amada, y después, risas de ángeles, caricias puras al par que apasionadas, silencios elocuentes, balbuceos, historias infantiles interrumpidas y reanudadas con besos, raramente acabadas, pero siempre escuchadas...

—¿Habéis trabajado mucho?—les preguntaba la madre con voz cariñosa, dispuesta á pregonar y á considerar la

holgazanería como una desgracia y á dirigir una alegre mirada á aquel que se mostrase más contento de sí mismo.

La madre sabía que sus hijos estaban animados por el deseo de agradarle, y ellos sabían que su madre sólo vivía para ellos, guiándoles en la vida con toda la inteligencia del amor y consagrándoles todas sus horas y todos sus pensamientos. Un instinto maravilloso que no es el egoísmo ni la razón y sí acaso el sentimiento en su primer candor, hace saber á los niños si son ó no objeto de cuidados exclusivos y si se ocupan de ellos con gusto. Si las amáis bien, esas queridas criaturas, todo justicia, todo franqueza, os están entonces atrozmente agradecidas. Aman con pasión, con celos, tienen las delicadezas más graciosas, saben decir palabras tiernas, son confiadas y creen cuanto les decís. Por eso, sin duda, no hay malos hijos sin malas madres, porque el cariño que sienten está siempre en razón directa con el que se les demuestra en los primeros cuidados de que han sido objeto, en las primeras palabras que han oído y en las primeras miradas en que han buscado amor y vida. Entonces, todo es en ellos atracción ó repulsión. Dios ha puesto á los niños en el seno de su madre para hacerles comprender que tenían que permanecer en él mucho tiempo. Sin embargo, se encuentran madres cruelmente pagadas por sus ternuras y que son objeto de espantosas ingratitudes, lo cual prueba cuán difícil es establecer principios absolutos en materia de sentimientos. En el corazón de aquella madre y de aquellos hijos no faltaba, empero, ninguno de los mil lazos que habían de unirlos recíprocamente. Solos en la tierra, vivían de la misma vida y se comprendían perfectamente. Cuando, por la mañana, la señora Willemsens permanecía silenciosa, Luis y María se callaban, respetando aquellos pensamientos de que no participaban. Pero el mayor, dotado de una gran inteligencia, no se contentaba nunca con las seguridades del bienestar que le daba su madre, sino que examinaba su rostro con sombría inquietud, ignorando el peligro, pero presintiéndolo cuando veía sus violáceas ojeras, sus órbitas más hundidas y los granos de la cara más inflamados. Lleno de delicada sensibilidad, comprendía cuando los juegos de María empezaban á cansar á su madre, y entonces decía á su hermano:

—Vamos, María, vamos á almorzar, que tengo hambre.

Pero cuando llegaba á la puerta, se volvía para ver la expresión de la cara de su madre, á la que nunca le faltaba una

sonrisa para él, y la cual lloraba á veces cuando un gesto de su hijo le revelaba que comprendía su dolor.

El tiempo destinado al primer almuerzo de sus hijos y á su recreo lo empleaba la señora Willemsens en su tocado, pues era coqueta para sus pequeñuelos, quería agradarles en todo y ser para ellos atractiva como un grato perfume. Para las doce de la mañana, hora en que tenía lugar el almuerzo en común, se encontraba siempre dispuesta. Después de esta comida se dedicaban una hora á los juegos, durante la cual, la madre feliz, la pobre mujer, permanecía acostada en un largo diván colocado en aquel pabellón, desde donde se descubría aquella alegre Turena, siempre variada y siempre adornada por los mil accidentes del sol, del cielo y de la estación. Sus dos hijos trotaban por el jardín, trepaban á las terrazas, corrían detrás de las lagartijas, estudiaban las semillas, las flores y los insectos, é iban á pedir razón de todo á su madre. Entonces empezaban las perpetuas idas y venidas al pabellón. En el campo, los niños no necesitan juguetes, porque todo en él les sirve de distracción. La señora Willemsens asistía á las lecciones, haciendo encaje, y permanecía silenciosa, sin mirar á los maestros ni á los niños, y escuchando con atención como si procurase comprender el sentido de las palabras y desease saber si Luis iba adquiriendo conocimientos. Cuando éste ponía en un aprieto al maestro con una pregunta, acusando de este modo un progreso, los ojos de la madre se animaban y le dirigía una mirada llena de esperanza. De María exigía poco; todas sus ilusiones estaban cifradas en el mayor, al que demostraba una especie de respeto, empleando todo su tacto de mujer y de madre para educarle el alma y darle una idea elevada de sí mismo. Esta conducta ocultaba un pensamiento secreto, que el niño debía comprender algún día y que comprendió. Después de cada lección, la madre acompañaba á los maestros hasta la primera puerta, y allí les pedía cuenta concienzuda del estado de Luis, mostrándose tan afectuosa, que los profesores le decían la verdad para ayudarle á hacer trabajar á Luis aquellos puntos en que les parecía que no estaba muy fuerte. Después de la comida venían los juegos, el paseo, y, por fin, á la noche se volvía al estudio.

Tal era su vida, vida uniforme, pero laboriosa, en la que el trabajo y las distracciones, sabiamente alternados, no dejaban lugar al fastidio. El desaliento y las disputas eran allí

imposibles. El amor sin límites de la madre lo hacía todo fácil. Ella había sabido hacer discretos á sus dos hijos, no negándoles nunca nada; animosos, premiándoles con justicia, y resignados, haciéndoles ver la necesidad bajo todas sus formas; ella había desarrollado y fortificado su angelical naturaleza con un cuidado de hada. A veces, cuando les veía jugar y pensaba que no le habían causado nunca el menor disgusto, las lágrimas asomaban á sus ardientes ojos. Cuando una dicha inmensa y completa nos hace llorar de este modo, es porque es una imagen del cielo, del cual tenemos todos algunas ideas confusas. Contemplando la belleza del día, una gran extensión de agua, un país pintoresco, oyendo la voz de sus hijos y sus pequeñas disputas, que ponían de manifiesto su unión, el sentimiento paternal de Luis por María, y el amor de ambos por ella, pasaba horas deliciosas. Como ambos hubiesen tenido en sus primeros años una buena aya inglesa, hablaban lo mismo el francés que el inglés, y la madre se servía alternativamente de estos dos idiomas en la conversación. Dirigía admirablemente bien sus jóvenes almas, sin dejar penetrar nunca en su entendimiento ninguna idea falsa, ni en su corazón ningún principio malo. Los educaba con la dulzura, sin ocultarles nada y explicándoselo todo. Cuando Luis deseaba leer, procuraba darle libros interesantes, pero que encerrasen verdades: ora la vida de los marinos célebres, ora las biografías de grandes hombres ó de capitanes ilustres, encontrando así, en los menores detalles de esta clase de libros, mil ocasiones para explicarles prematuramente lo que es el mundo y la vida, insistiendo preferentemente en los medios de que se han servido las gentes obscuras, pero realmente grandes, salidas sin protectores de las últimas filas sociales, para llegar á ocupar grandes destinos. Estas lecciones, que no eran las menos útiles, se las daba por la tarde cuando el pequeño María se dormía en el regazo de su madre, en medio del silencio de una hermosa noche, y cuando el Loire servía de espejo á los cielos; pero siempre redoblaban la melancolía de aquella adorable mujer, que acababa por callarse y por permanecer inmóvil, pensativa y con los ojos bañados en lágrimas.

—Madre mía, ¿por qué llora usted? — le preguntó Luis una hermosa tarde del mes de junio, en el momento en que las medias tintas de una noche débilmente iluminada sucedían á un día cálido.

—Hijo mío — le respondió atrayendo hacia sí al niño, cuya oculta emoción la conmovió profundamente, — porque la muerte del pobre Jameray Duval, que logró sin recursos vencer todos los obstáculos, es la misma que os espera á ti y á tu hermano. Hijo querido, muy pronto os veréis solos en la tierra, sin apoyo y sin protección. Os dejaré aquí muy niños aún y, sin embargo, bien quisiera poder llegar á verte bastante grande y bastante instruído para que sirvieses de guía á María. Pero no me quedará tiempo para ello. Os amo demasiado, para que estos pensamientos dejen de entristecerme. Hijos queridos, con tal que algún día no me maldigáis...

—Madre mía, ¿y por qué hemos de maldecirla á usted nunca?

—Día llegará, hijito mío — dijo la madre bajando la frente, — en que veréis que he sido culpable. Os abandonaré aquí, sin fortuna, sin...

Y titubeó.

—Sin padre — repuso.

Y al pronunciar estas palabras, rompió en amargo llanto, y rechazó cariñosamente á su hijo, el cual, por una especie de intuición, comprendió que su madre quería estar sola, y se llevó á María medio dormido. Una hora después, cuando su hermano estuvo acostado, Luis se encaminó con discreción hacia el pabellón en que estaba su madre, oyendo entonces estas palabras, pronunciadas con voz deliciosa para su corazón:

—¡Ven, Luis!

El niño se arrojó en brazos de su madre y aquellos dos seres se abrazaron casi convulsivamente.

—Querida mía — dijo al fin Luis, que acostumbrado á darle este nombre, porque encontraba demasiado débiles las demás palabras de amor para expresar sus sentimientos, — ¿por qué temes morir?

—Estoy enferma, ángel amado; cada día voy perdiendo fuerzas, y mi mal no tiene remedio: lo sé.

—Pues ¿cuál es tu mal?

—Tengo que olvidarlo, y tú no debes saber nunca la causa de mi muerte.

El niño permaneció silencioso un momento mirando á hurtadillas á su madre, que, con los ojos levantados al cielo, contemplaba las nubes. ¡Momento de grata melancolía! Luis

no creía en la muerte próxima de su madre, pero sentía sus pesares sin adivinarlos. Respetó aquella larga meditación. Si hubiese sido menos joven, hubiese adivinado en aquel sublime rostro pensamientos de arrepentimiento mezclados con felices recuerdos y toda una vida de mujer: una infancia descuidada, un casamiento frío, una pasión terrible, flores nacidas en medio de una tempestad y precipitadas por el rayo á un abismo sin fondo.

—Madre querida—dijo Luis rompiendo el silencio,—¿por qué me oculta usted sus sufrimientos?

—Hijo mío, tenemos que ocultar nuestras penas á los ojos ajenos, mostrarles una cara risueña, no hablar nunca de nosotros, ni ocuparnos de ellos; estas máximas, practicadas en familia, son uno de los medios de conseguir la dicha. Día llegará en que tendrás que sufrir mucho. Pues bien, acuérdate de tu pobre madre, que se moría delante de ti sonriéndote siempre y que te ocultaba sus dolores, y así tendrás valor para soportar los males de la vida.

Y acto continuo, devorando sus lágrimas, procuró revelar á su hijo el mecanismo de la existencia, su valor, la consistencia de las fortunas, las relaciones sociales, los medios honrosos de ganar el dinero necesario para las necesidades de la vida y la conveniencia de la instrucción. Después le comunicó una de las causas de su habitual tristeza y de sus llantos, diciéndole que, al día siguiente de su muerte, él y María quedarían en el mayor desamparo, sin poseer más que una débil suma y sin tener más protector que Dios.

—Y ¿cómo he de hacer para aprender?—exclamó el niño, dirigiendo á su madre una profunda y lastimera mirada.

—¡Ah! ¡qué feliz soy!—dijo aquella mujer, cubriendo á su hijo de besos y de lágrimas.—¡Me comprende! Luis—añadió,—serás el tutor de tu hermano, ¿verdad? ¿me lo prometes? Ya no eres un niño.

—Sí—respondió Luis,—pero usted no se morirá, ¿verdad?...

—¡Pobrecillos! mi amor por vosotros me sostiene, y, por otra parte, este país es tan hermoso y el aire tan sano, que ¡quién sabe!...

—Cuando me dice usted eso, hace usted aumentar mi amor por Turena—dijo el niño muy emocionado.

Desde este día en que la señora Willemsens, previendo su cercana muerte, había hablado á su hijo mayor de su

porvenir, Luis, que había cumplido ya entonces catorce años, se hizo menos distraído, más aplicado, y estuvo menos dispuesto á jugar que antes. Fuese porque hubiese persuadido á María de la conveniencia de leer en lugar de entregarse á ruidosas distracciones, es lo cierto que los dos niños no corrieron ya tanto á través de los caminitos de los jardines y de las terrazas de la Granadera. Amoldaron su vida á los pensamientos melancólicos de su madre, cuya tez palidecía de día en día tomando tintes amarillos, cuya frente se hundía por las sienes y cuyas arrugas se hacían cada vez más profundas.

En el mes de agosto, cinco después de la llegada de esta familia á la Granadera, todo había cambiado. Observando los síntomas de la lenta enfermedad que minaba el cuerpo de su ama, sostenido únicamente por un alma apasionada y un excesivo amor por sus hijos, la anciana criada se había puesto sombría y triste y parecía poseer el secreto de aquella muerte anticipada. Muchas veces, cuando su ama, hermosa aún y más coqueta que nunca, adornando su agotado cuerpo y poniéndose colorete, se paseaba por lo alto de la terraza acompañada de sus dos hijos, la anciana Anita, pasando la cabeza por encima de la bomba de agua, olvidaba su comenzada labor, se quedaba con la ropa en la mano, y apenas podía contener las lágrimas al ver á aquella señora Willemsens, que tan poco se parecía á la encantadora mujer que ella había conocido.

Aquella bonita casa, tan alegre y tan animada al principio, parecía que se había puesto triste, permanecía silenciosa, y sus habitantes salían rara vez, pues la señora Willemsens, sólo haciendo grandes esfuerzos podía llegar hasta el puente de Tours. Luis, cuya imaginación se había desarrollado de pronto, y que se había identificado, por decirlo así, con su madre, percibiendo la fatiga y los dolores bajo el colorete, inventaba siempre pretextos para no dar aquel paseo, que era ya demasiado largo para su madre. Las alegres parejas que iban entonces á Saint-Cyr y los grupos de paseantes veían por encima de la calzada, por las tardes, á aquella mujer pálida y delgada, toda de luto, medio consumida, pero brillante aún, pasando como un fantasma á lo largo de las terrazas. Los grandes sufrimientos se adivinan. Así es que la mansión del viñador se había vuelto también silenciosa. Algunas veces, el aldeano, su mujer y sus dos

hijos se encontraban agrupados á la puerta de la cabaña; Anita lavaba en el pozo; la señora y sus hijos estaban en el pabellón, pero no se oía el menor ruido en aquellos alegres jardines, y, sin que la señora Willemsens se apercibiese de ello, todos los ojos la miraban con ternura. ¡Era tan buena, tan previsora y tan imponente para los que la rodeaban! Por su parte, ella, desde el principio del otoño, tan hermoso y brillante en Turena, y cuyas benévolas influencias y buenos frutos habían de prolongar la vida de aquella madre, más allá que el término fijado por los estragos de un mal desconocido, no veía más que á sus dos hijos y gozaba de ellos á cada hora, como si hubiese de ser la última.

Desde el mes de junio hasta septiembre, Luis trabajó durante la noche sin que su madre lo supiese, é hizo enormes progresos: había llegado á las ecuaciones de segundo grado, había aprendido la geometría descriptiva, dibujaba á las mil maravillas, y, en una palabra, estaba en disposición de sufrir el examen que se impone á los jóvenes que quieren entrar en la escuela politécnica. Algunas veces, por la tarde, se iba á pasear al puente de Turena, donde se encontraba frecuentemente con un teniente de navío que estaba en la reserva. El rostro varonil, la condecoración y el aspecto de aquel marino del Imperio habían excitado su admiración. El marino, por su parte, hizo amistad con aquel joven en cuyos ojos brillaba la energía. Luis, ávido de relatos militares, procuraba encontrarse con el marino para hablar con él. El teniente de la reserva tenía por amigo y compañero á un coronel de infantería, proscrito, como él, de las filas del ejército, y de este modo, el joven Gastón podía aprender la vida de los campos y la de los mares, y para ello abrumaba á preguntas á los dos militares. Después de haberse enterado de sus desgracias y de su ruda existencia, el joven empezó á pedir permiso á su madre para viajar por la comarca, y como los maestros, asombrados, decían á la señora Willemsens que su hijo trabajaba demasiado, ésta acogía su petición con un placer infinito. El niño hacía, pues, enormes correrías. Queriendo avezarse á la fatiga, trepaba á los árboles más elevados con increíble agilidad, aprendía á nadar y velaba por las noches. Ya no era un niño: era un joven cuyo rostro estaba tostado por el sol y cuyos ojos denotaban una gran profundidad de pensamiento.

Llegó el mes de octubre, y la señora Willemsens no

pudo ya levantarse hasta el mediodía, cuando los rayos del sol, reflejados por las aguas del Loire y concentrados en las terrazas, producían en la Granadera esa temperatura igual á la de los cálidos y tibios días de la bahía de Nápoles, que los médicos recomiendan á sus enfermos. Entonces iba á sentarse bajo algún árbol verde, y sus dos hijos no se separaban de ella. Los estudios cesaron y los maestros fueron despedidos. Los niños y la madre quisieron vivir unos para otros, sin cuidados ni distracciones. Ya no había allí llantos ni alegres gritos. El mayor, acostado en la hierba al lado de su madre, la contemplaba como una amante y le besaba los pies. María, inquieto, iba á cogerle flores, se las llevaba con aire triste y se levantaba sobre la punta de los pies para poder darle un beso en los labios. Aquella mujer blanca, de grandes ojos negros, abatida y lenta en sus movimientos, que no se quejaba nunca y que sonreía siempre á sus dos hijos llenos de salud, formaban un sublime cuadro que no carecía ni de las pompas melancólicas del otoño con sus hojas amarillentas y sus árboles medio secos, ni del resplandor del sol y las nubes blancas del cielo de Turena.

Por fin, la señora Willemsens fué condenada por el médico á no salir de su cuarto, en el cual permanecieron sus hijos, adornándolo con las flores que más agradaban á la enferma. En los primeros días de noviembre, la madre tocó el piano por última vez. Encima del piano había un paisaje de Suiza, y de la parte de la ventana, sus dos hijos, agrupados, le mostraban sus confundidas cabezas. Entonces, sus miradas pasaron constantemente de los niños al paisaje y de éste á aquéllos; su rostro se coloreó y sus dedos corrieron con pasión por las teclas de marfil. Aquella fué su última fiesta, fiesta desconocida, fiesta celebrada en las profundidades de su alma por el genio de los recuerdos. El médico llegó y le ordenó que guardase cama. Esta espantosa sentencia fué recibida por la madre y por los hijos con un silencio casi estúpido. Cuando el médico se fué, la señora Willemsens dijo á su hijo:

—Luis, acompáñame á la terraza para que vea una vez más el país.

Al oír estas palabras, proferidas con sencillez, el niño dió el brazo á su madre y la condujo hasta el centro de la terraza. Allí, sus ojos se inclinaron, acaso involuntariamente, más al cielo que á la tierra; pero hubiera sido difícil decir

en aquel momento cuáles eran los paisajes más hermosos, pues las nubes representaban vagamente las más majestuosas neveras de los Alpes. Su frente se frunció violentamente; sus ojos tomaron una expresión de dolor y de remordimiento, y, cogiendo las dos manos de sus hijos y apoyándolas en su agitado corazón, exclamó, dirigiéndoles una profunda mirada:

—¡Padre y madre desconocidos! ¡Pobres ángeles! ¿Qué será de vosotros? Más tarde, cuando tengáis veinte años, ¿qué severa cuenta no me pediréis de mi vida y de la vuestra?

Y dicho esto, rechazó á sus hijos, apoyó ambos codos en la balastrada, escondió el rostro entre las manos y permaneció en esta actitud durante un momento, reconcentrada en sí misma y como si temiese dejarse ver. Cuando despertó de su dolor encontró á su lado, arrodillados como dos ángeles, á Luis y á María, que espiaban sus miradas y le sonreían cariñosamente.

—¡Que no pueda llevarme estas sonrisas! — exclamó al fin enjugándose las lágrimas.

Un momento después entró en la casa para meterse en la cama, de donde no debía salir ya más que para ir á la tumba.

Ocho días pasaron casi sin alternativas. La anciana Anita y Luis permanecían al lado de la señora Willemsens, relevándose durante la noche y sin separar sus ojos de los de la enferma. Repetíase á todas horas ese drama profundamente trágico que tiene lugar en todas las familias, cuando se teme que cada respiración un poco fuerte del enfermo adorado llegue á ser la última. El quinto día de aquella fatal semana, el médico prohibió las flores. Las ilusiones de la vida se iban marchando una á una.

Desde este día, María y su hermano sentían que la frente de su madre abrasaba cuando le daban un beso. Por fin, el sábado por la noche, como la señora Willemsens no pudiese soportar ningún ruido, fué preciso dejar de arreglar su cuarto. Esta falta de cuidado fué un principio de agonía para aquella mujer elegante. Luis no quiso dejar á su madre. Durante la noche del domingo, á la claridad de un quinqué y en medio del silencio más profundo, Luis, que creía que su madre estaba adormecida, vió que ésta descorría la cortina con mano blanca y desfallecida, y oyó que le decía:

—¡Hijo mío!

El acento de la moribunda tuvo un no sé qué tan solemne, que su poder, salido de un alma agitada, obró violentamente sobre el niño, el cual sintió un calor exorbitante en la médula de los huesos.

—¿Qué quieres, mamá?

—Escúchame. Mañana todo habrá acabado para mí. Ya no nos veremos más. Mañana, hijo mío, serás ya un hombre, y me veo, por lo tanto, obligada á darte algunas disposiciones que han de ser un secreto entre los dos. Toma la llave de mi mesita. Está bien. Abre el cajón. A la izquierda encontrarás dos escritos sellados. En uno dice Luis; en el otro María.

—Aquí están, mamá.

—Hijo querido, son las vuestras dos partidas de bautismo, que han de seros necesarias. Se las darás á guardar á la pobre y anciana Anita, la cual os las devolverá cuando las necesitéis. Ahora—repuso—no hay en el mismo lugar un papel con algunas letras escritas?

—Sí, mamá.

Y Luis empezó á leer: «*María Willamsens, nacida en...*»

—¡Basta!—dijo la moribunda vivamente.—No continúes. Cuando yo esté muerta, hijo, entregarás también ese papel á Anita y le dirás que lo lleve á la alcaldía de Saint-Cyr, donde ha de servir para que extiendan mi acta de defunción. Ahora, busca lo necesario para escribir una carta que voy á dictarte.

Cuando vió á su hijo dispuesto y éste volvió la cabeza hacia ella para escucharle, la enferma empezó á dictar con voz tranquila lo siguiente:

«Señor conde: Su mujer lady Brandon murió en Saint-Cyr, cerca de Tours, departamento de Indre y Loire, y os ha perdonado.»

—Firma...

La enferma se detuvo indecisa y agitada.

—¿Sufre usted mucho?—le preguntó Luis.

—No; firma *Luis-Gastón*.

Después suspiró, y repuso:

—Cierra la carta y ponle la siguiente dirección: *A lord Brandon, Brandon-Square, Hyde-Park, Londres*. Está bien. El

día de mi muerte franquearás esa carta en Tours. Ahora—dijo después de una pausa—toma la carterita que ya conoces y ven á mi lado, hijo querido... Hay en ella—dijo cuando Luis estuvo á su lado—doce mil francos, que son bien vuestros. ¡Ay de mí! hubieseis sido más ricos si vuestro padre...

—¡Mi padre!—exclamó el niño.—¿Dónde está?

—Muerto—dijo la moribunda poniéndose un dedo en los labios,—muerto por salvarme el honor y la vida.

Y levantó los ojos al cielo, y hubiese llorado si el dolor no hubiese agotado ya sus lágrimas.

—Luis—repuso,—júrame aquí, á mi cabecera, que olvidarás lo que has escrito y lo que has oído.

—Sí, madre mía.

—Abrazame, ángel querido.

Hubo una pausa, durante la cual, la enferma pidió valor á Dios y procuró ajustar sus palabras á las fuerzas que le quedaban.

—Escucha. Esos doce mil francos son toda vuestra fortuna; es preciso que los guardes sobre ti, porque, cuando yo haya muerto, vendrá la justicia á sellar la casa, y nada de lo que hay en ella os pertenecerá, ni siquiera mi cadáver. ¡Pobres huérfanos! no tendréis más remedio que ir, sabe Dios adónde. He asegurado la suerte de Anita, la cual percibirá cien escudos al año y permanecerá, sin duda, en Tours. Pero, ¿qué será de ti y de tu hermano?

Y se incorporó en el lecho para mirar al niño intrépido, que, con la frente empapada de sudor, pálido de emoción y con los ojos medio velados por el llanto, permanecía de pie delante de la cama.

—Madre mía, ya he pensado en ello—respondió aquel niño con entrecortada voz.—Acompañaré á María al colegio de Tours, le entregaré diez mil francos á la anciana Anita recomendándole que los ponga en seguridad y que vele por mi hermano. Después, con los cien luises que me queden, iré á Brest y me embarcaré como grumete. Mientras que María estudia llegaré á ser teniente de navío. En fin, muere tranquila, madre mía, que yo volveré rico y haré ingresar á mi hermano en la escuela politécnica ó le daré la profesión que más le agrade.

Un rayo de alegría brilló en los ojos medio extinguidos de la madre y sendas lágrimas brotaron de ellos y rodaron por sus arrugadas mejillas; después, un gran suspiro se es-

capó de sus labios y estuvo á punto de morir víctima de un acceso de alegría al ver que su hijo tenía la misma alma que su padre y que se había hecho hombre de pronto.

—Ángel del cielo—le dijo llorando,—tú has borrado con una palabra todos mis dolores. ¡Ah! ¡ya puedo sufrir! Es mi hijo—respuso,—yo he educado á este hombre.

Y levantando las manos al aire y juntándolas para expresar una alegría sin límites, volvió á acostarse.

—¡Madre mía, palidece usted!—exclamó el niño.

—Es preciso ir á buscar al cura—respondió la madre con voz apagada.

Luis despertó á la anciana Anita, la cual, muy asustada, corrió al presbiterio de Saint-Cyr.

Por la mañana, la señora Willemsens recibió los sacramentos, en medio del más conmovedor aparato. Sus hijos, Anita y la familia del viñador, gentes sencillas que habían pasado á ser ya de la familia, estaban arrodillados. La cruz de plata llevada por un humilde monaguillo, un monaguillo de aldea, se levantaba ante el lecho, y un anciano sacerdote administraba los sacramentos á la madre moribunda. ¡El viático! palabra sublime, idea más sublime aún que la palabra, y que sólo posee la religión apostólica de la Iglesia romana.

—¡Cuánto ha sufrido esta mujer!—dijo el cura con su sencillo lenguaje.

María Willemsens no oía ya, pero sus ojos permanecieron fijos en sus dos hijos. Llenos de terror, todos escuchaban con profundo silencio las aspiraciones de la moribunda, que se iban debilitando ya. A intervalos, un profundo suspiro anunciaba la existencia de vida y la de un combate interior. Por fin, la madre dejó de respirar. Todo el mundo rompió en llanto, excepto María. El pobre niño era aún demasiado joven para comprender la muerte. Anita y la viñadora cerraron los ojos á aquella adorable criatura, cuya belleza pareció entonces en todo su brillo. Despidieron á todo el mundo, quitaron los muebles de la habitación, pusieron á la muerta en su sudario, la acostaron, encendieron cirios en torno de la cama, prepararon el benditero, la rama de boj y el crucifijo, siguiendo la costumbre del país, abrieron las ventanas y corrieron las cortinas. Más tarde, el vicario fué á pasar la noche orando en compañía de Luis, que no quiso dejar á su madre. El martes por la mañana se efectuó

el entierro. La anciana criada y los dos hijos, acompañados de la viñadora, fueron los únicos que asistieron al entierro de una mujer cuyo talento, belleza y gracias gozaban una celebridad europea, y cuyo sepelio en Londres hubiera sido un acontecimiento registrado por los periódicos, una especie de solemnidad aristocrática, si la difunta no hubiese cometido un crimen insignificante, crimen que se castiga siempre en este mundo, á fin de que el culpable perdonado pueda entrar en el cielo. Cuando el ataúd de la madre quedó cubierto de tierra, María lloró, comprendiendo entonces que ya no volvería á verla.

Una sencilla cruz de madera colocada sobre su tumba lleva esta inscripción, debida al cura de Saint-Cyr:

AQUÍ YACE

UNA MUJER DESGRACIADA,

MUERTA Á LOS TREINTA Y SEIS AÑOS.

¡ROGAD POR ELLA!

Quando todo estuvo acabado, los dos niños se fueron á la Granadera, dirigieron á aquella casa una última mirada, y después, cogidos de la mano, se dispusieron á abandonarla, en compañía de Anita, confiándolo todo á los cuidados del viñador, y encargándole que respondiese por ellos á la justicia.

Entonces fué cuando la anciana sirvienta llamó á Luis aparte y le dijo:

—Señor Luis, ¿aquí tiene usted el anillo de la señoral

El niño lloró de emoción al recibir aquel recuerdo de su madre muerta. En medio de su dolor, no había pensado en aquel cuidado supremo. Abrazó á la anciana y después partieron los tres por el caminito pedregoso, bajaron la cuesta y se fueron á Tours sin volver la cabeza.

—Mamá solía estar aquí—dijo María cuando llegaron al puente.

Anita tenía una prima, antigua costurera retirada en Tours que vivía en la calle de la Guerche, y llevó á los dos niños á la casa de su parienta, en cuya compañía pensaba vivir en lo sucesivo. Pero Luis le explicó sus proyectos, le entregó la partida de bautismo de María y los diez mil francos y, acompañado de la criada, llevó al día siguiente á su

hermano al colegio. Puso al director al corriente, aunque muy sucintamente, de su situación, y salió llevando á su hermano hasta la puerta. Allí le hizo solemnemente las más tiernas recomendaciones, anunciándole su soledad en el mundo, y, después de haberle contemplado durante un momento, lo abrazó, lo miró de nuevo, se enjugó una lágrima, y partió, volviéndose varias veces para poder ver hasta el último momento á su hermanito, que quedaba en el umbral de la puerta del colegio.

Un mes después, Luis Gastón estaba en calidad de novicio á bordo de un buque del Estado, y salía de la rada de Rochefort. Apoyado en el empalletado de la corbeta *Iris*, miraba las costas de Francia, que hulan rápidamente y se escondían tras la línea azulada del horizonte. Muy pronto se encontró solo y perdido en medio del Océano, como lo estaba en el mundo y en la vida.

—¡No hay que llorar, muchacho! ¡Hay un Dios para todo el mundo!—le dijo un viejo marinero con voz ruda al par que cariñosa.

El niño dió las gracias á aquel hombre con una mirada llena de intrepidez, y, resignándose á la vida de los marinos, bajó la cabeza. De niño había pasado á ser padre.

Angulema, agosto 1832.